

DISCURSOS

DECLARACIONES CON MOTIVO DE SU JURAMENTACION OFICIAL ANTE EL SR. PRESIDENTE DE LA REPUBLICA, PROF. JOSE JOAQUIN TREJOS FERNANDEZ

30 de setiembre de 1969.

- 1) En primer lugar no puedo menos que agradecer nuevamente al Sr. Presidente de la República, Prof. José Joaquín Trejos Fernández, la inmerecida muestra de confianza que tal designación, enteramente inesperada de mi parte, significa. Hago extensivos estos sentimientos al distinguido colega universitario y amigo Lic. Guillermo Malavassi Vargas, cuya excepcional gestión en el Ministerio de Educación Pública es ampliamente reconocida, después de tantas críticas y dificultades que, puesta la vista en los altos fines del Bien Común, supo siempre don Guillermo superar con fe en la Patria y en los hombres. Su paso por el Ministerio deja honda e imborrable huella que todavía no estamos todos en perfectas condiciones de apreciar. Sólo la Historia, desde el alto y desapasionado promontorio de las perspectivas que le son propias, será capaz de hacerle justicia. Esto no obstante, profunda y creciente es la ola de sincero aprecio y simpatía que ha rodeado, por todas partes, al Lic. Malavassi, al conocerse la noticia, tan lamentable para la causa de la educación costarricense, de su retiro del Ministerio. Afortunadamente, en el INA seguirá ofreciendo su valiosísimo aporte a esta causa. Creo que más altos servicios aún espera la Patria de su talento indiscutible, de su honradez granítica, de su entereza moral, de su incuestionable pasión por la educación, de su celo por el recto desempeño de labores por parte de todos aquellos que están constituidos en el gravísimo ministerio de las responsabilidades públicas.
- 2) Dado el plazo harto breve de mi gestión administrativa ministerial, un elemental sentido común me pide prefijarme metas inmediatas, concretas, urgentes. No pretendo hacer grandes cosas, pero sí me exijo hacer bien lo poco que haga. Me sentiré satisfecho si, de aquí a siete meses, puedo con dignidad entregar a quien me haya de suceder el Ministerio en buen orden y concierto, agilizados los mecanismos y trámites que están a la base de su complicada y delicada máquina académica, técnica y administrativa, todo esto en beneficio de la educación. Igualmente me esforzaré por mantener lo que, en forma brillante, ha logrado mi digno antecesor: un personal ministerial, desde los constituidos en más alta autoridad hasta los más humildes servidores, moralmente unido y humanamente integrado por lo que podemos calificar de verdadera mística de la función pública y educativa. ¡Y esto no tiene precio!
- 3) No me satisfaré con mantener simples relaciones cordiales con las diversas asociaciones de educadores, sino que, sobre la base del sincero aprecio que me merecen y de la importancia que les corresponde, solicitaré de ellas, cosa que

ya se han adelantado a ofrecerme, toda la inmensa y valiosísima colaboración que pueden, deben y quieren prestar en la solución de más de un problema presente o futuro.

- 4) Me preocuparé en particular, por continuar el notable esfuerzo que hace el Ministerio, en unión con otras importantes dependencias públicas, por acabar de resolver el hondo problema del pago a los educadores en los casos aún pendientes. No descansaré ni daré paz a mi espíritu hasta que en este problema todos, y cuanto más rápido posible mejor, podamos decir: ¡"Hemos cumplido"! Dada la complejidad de los mecanismos que están a la base de este problema, solicitaré sin descanso, oportuna e inoportunamente, la colaboración de todos los organismos implicados: Oficina de Personal, Oficina Técnica Mecanizada y Dirección General de Servicio Civil.
- 5) Estaré atento a las sugerencias y valiosa crítica de los Señores Diputados y de la Asamblea Legislativa, y no vacilaré en implorar —si fuera del caso— que no escatimen esfuerzo alguno por dar al próximo gobierno una amplia base financiera y presupuestaria para el MINISTERIO DE EDUCACION y la UNIVERSIDAD DE COSTA RICA, mostrando así, en forma irrefutable, ante la opinión pública la sincera fe que, cada uno de ellos, y dentro de sus muy respetables tendencias políticas, tiene en el seguro triunfo de las mismas durante las próximas elecciones.
- 6) Mis relaciones con la UNIVERSIDAD DE COSTA RICA, madre nutricia mía, serán continuas, sinceras, abiertas, francas y leales. Mucho espero de ella: que mucho, pues, exija ella de mí.
- 7) Prestaré atento oído, en medio del fragor de mil problemas, a la opinión pública, infraestructura radical de toda auténtica democracia. Agradezco, de antemano, toda crítica constructiva, todo consejo oportuno, venga de donde viniere.

EN FINAL DE CUENTAS:

Es mi propósito entregarme al servicio que esta alta investidura implica hasta el extremo de mis fuerzas físicas y mentales, con la íntima fe y la gozosa convicción de que quienes sirven, aunque dentro de sus grandes limitaciones personales, en la dura milicia del ministerio de las responsabilidades públicas, no necesitan pago alguno ulterior, pues están ya remunerados con creces y por anticipado en el transfondo del valor absoluto de esa estrella de primera magnitud que es el norte incommovible de todo servidor público: ¡el BIEN COMUN!

PALABRAS DEL SR. MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA, LIC.
VICTOR BRENES, EN LOS ACTOS OFICIALES DEL 11 DE ABRIL,
CONMEMORACION DE JUAN SANTAMARIA - ALAJUELA, 1970.

MIRADA PROSPECTIVA:

Las gestas gloriosas de nuestros héroes se proponen, año tras año, a nuestra consideración, en primer lugar para honrar muy merecidamente su memoria, en una mirada conmemorativa retrospectiva pero, y esto es aún mucho más importante, estas gestas heroicas son propuestas ante nuestros ojos no tanto para mirar al pasado, cuanto para otear el futuro en una mirada prospectiva, audaz, imaginativa y valiente. El pasado ya no nos pertenece porque nunca fue, a nivel de generación individual, nuestro. Fueron otros los que, con sus aciertos o errores, se movieron en él y somos nosotros, en parte, hechura ahora de ese momento ya pasado. Tenemos, en cambio, a nuestro haber, el presente y por él responderemos ante la Historia cuando se nos juzgue para establecer si estuvimos realmente a la altura de los tiempos en que incidió nuestra concreta existencia. Somos ciudadanos del presente y constructores del mundo que ha de venir. Y, no sin razón, podemos afirmar que, todos los que nos movemos en funciones de amplia repercusión en la vida del país, nos encontramos más proyectados hacia el futuro que construimos que en un presente que, como todo momento actual, tiene ya una vertiente necesariamente hincada en el pasado. Así, pues, la conmemoración de las gloriosas gestas de nuestros héroes nacionales han de servirnos no solamente para mirar al pasado que, bueno o malo, ya no es nuestro, sino ante todo y sobre todo para que, renovadas nuestras energías espirituales con el sagrado fuego que animó sus existencias y precedió sus conductas, podamos ser dignos de ellos y luchar, así, por un futuro, como ellos lo hicieron con lo que es ahora, gracias a ellos, nuestro presente.

JUAN SANTAMARIA, MODELO NACIONAL:

La gloriosa figura de Juan Santamaría, hijo de este noble pueblo alajuelense, tipifica, en muchos sentidos, elementos esenciales de la idiosincrasia costarricense. Basta una simple mirada a nuestra historia patria para notar fácilmente cómo el costarricense, que no es, en forma alguna, reacio a nuevas ideas y planteamientos, experimenta, esto no obstante, una natural resistencia a toda estructura que, simple y llanamente, quieran imponerle desde fuera, sin más argumento que el decir que a otros así ha parecido bien o que en otras partes pueden funcionar discretamente. Estos esquemas simplistas, vengan de un William Walker o de donde vengan, encuentran siempre resistencia en nuestro pueblo. Parece que, en el fondo de los más íntimos repliegues de la conciencia nacional, no se pierde nunca la profunda fe, mezcla de experiencia política y de intuición histórica, de que tenemos verdadera capacidad para resolver, a nuestro modo, que, en último análisis, siempre resulta el mejor, los problemas que el defluir de los tiempos nos plantea. Esto no implica en forma alguna desprecio por realizaciones ajenas, antes bien: capacidad de incorporarlas, a nuestro modo, dentro del marco de nuestra realidad nacional concreta. William Walker que, en el fondo, mucho tenía de soñador o de iluso político, se fabricó por su cuenta y, por lo visto, también, con su riesgo, un esquema político que creyó aplicable a Centroamérica. Algunos pocos centroamericanos lo aprobaron, al menos en parte, probablemente más por oportunismo político que no por íntima convicción personal. La mayoría lo rechazó. La idea o esquema político artificialmente concebido fue de hecho rechazado en otros países centroamericanos, pero en Costa Rica se acabó. Y se acabó porque hombres como Juan Santamaría, y Juanito Mora y tantos otros miles dijeron "no" a la ideología política extremista y foránea que se nos pretendía

imponer por la fuerza, en oposición a nuestro modo de sentir y de vivir nuestra propia vida que, a pesar de todos sus defectos, y quién no los tiene, nunca hemos cambiado por un plato de lentejas. Es por eso que la figura de Juan Santamaría y de la gloriosa gesta del 56 cobra, hoy más que nunca, candente actualidad. Representa y tipifica el elemento más valioso de la conciencia política costarricense, a saber, la fe íntima, la fe profunda, la fe indestructible que tiene el costarricense de que es dentro del marco de nuestras instituciones democráticas, cada vez más perfeccionadas y purificadas de los factores menos positivos que contiene, únicamente donde puede encontrar los mecanismos indispensables para promover, en paz y libertad, las reformas de estructuras sociales, políticas, económicas y educativas que nuestro país necesita y exige. Así, la figura de Juan Santamaría es algo más que un recuerdo del pasado: Juan Santamaría está en nuestro presente y, más aún, en nuestro futuro. Juan Santamaría continúa y debe seguir siempre presidiendo nuestra vida política y, particularmente, sus momentos y decisiones más delicadas. Porque Juan Santamaría es la cordura y sensatez del pueblo costarricense. Porque Juan Santamaría es el sentido común que lo pone en guardia contra profetismos y mesianismos políticos sin fundamento. Porque Juan Santamaría es, ante todo, el amor a nuestras libertades públicas y privadas; la fe en nuestra capacidad para resolver nuestros propios problemas y el respeto a la dignidad de la persona humana. Por eso, señores, Juan Santamaría no es nuestro pasado: Juan Santamaría es nuestro presente y futuro. Juan Santamaría no es solo la antorcha que incendió el Mesón, cuanto el faro luminoso que nos guía en medio del mar proceloso de tantas incertidumbres presentes, al seguro puerto de una Costa Rica cada vez mejor.

PALABRAS DEL SR. MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA PRONUNCIADAS EN LA ESCUELA NORMAL DE HEREDIA CON MOTIVO DE LOS ACTOS CONMEMORATIVOS DEL CUADRAGESIMO PRIMER ANIVERSARIO DEL FALLECIMIENTO DEL MAESTRO OMAR DENGO

18 de noviembre de 1969.

Cúmplese hoy un aniversario más —el cuadragésimo primero— del fallecimiento del gran maestro Omar Dengo y, como en anteriores ocasiones, nos reunimos reverentes, congregados por el vivo recuerdo de su tan grande y, al mismo tiempo, corta vida, con el fin de reavivar, en lo más íntimo de nuestro ser de educadores, el fuego sagrado que debe animar toda nuestra existencia, convencidos, día a día, de la excepcional grandeza que constituye la vocación del maestro.

Propio de los grandes hombres es, entre otras cosas, el hecho admirable de que la grandeza de sus personalidades va siempre mucho más allá de sus ideas, por magníficas que estas sean o hayan sido, logrando encontrar perenne audiencia en la historia, aún cuando aquéllas puedan ya padecer mengua, sometidas, como están, al juego de flujo y reflujo de las contingencias humanas.

Discutibles pueden ser y son, como todas, las ideas de Omar Dengo, pero su admirable figura de educador, que dominó e inspiró y sigue inspirando y dominando toda una edad en la educación costarricense, está más allá de toda discusión y cae mucho más arriba de toda crítica. Variarán los programas y vendrán en buena hora reformas sobre reformas, en la medida saludable en que, las nuevas exigencias de los tiempos nuevos las hagan necesarias. Pero los grandes principios que jalónaron, con filón de oro, el pensamiento y la vida de Omar Dengo permanecerán inmovibles, como fue inmovible la roca granítica sobre la que don Omar construyó el bellissimo edificio de su no menos hermosa vocación de maestro.

Acerquémonos, pues, reverentes, al maestro, prestemos atento oído a sus palabras que la muerte no pudo, entonces, ni podrá jamás aherrar y que, libres, como jinetes al viento alados, sólo buscan el regazo generoso de corazones humanos donde anidar y dar ubérrimo fruto.

PROGRAMAS, ALUMNOS:

Se ha dicho que hay maestros que *desarrollan los programas* valiéndose de los alumnos y que hay maestros que *desarrollan a los alumnos* valiéndose de los programas. ¡Qué gran sentencia es esta y, al mismo tiempo, hermosa y terrible verdad, según el caso! Casi todos los grandes sistemas filosóficos y religiosos han reconocido, con acurada intuición, que son hondos, profundos, inefables y misteriosos los lazos que unen, en último análisis, a los hombres todos, ya en el bien, ya en el mal. No somos, en efecto, aisladas mónadas leibnezianas que nos puedan permitir decir un "qué me importa a mí la suerte de mi hermano". No. Todos somos solidarios en el bien y en el mal. La vida, a lo largo de la historia de la familia humana, bien puede compararse al fenómeno físico de los vasos comunicantes, que encuentra un común denominador en el patrimonio de valores de muy diverso género que constituye la creciente riqueza de esta familia humana. La interacción de unos sobre otros, la mutua causalidad que unos hombres y unas generaciones ejercen sobre otros hombres y otras generaciones forma sustancia permanente de la gran trama del Universo. Todos somos responsables por todos. A cada uno corresponde un papel decisivo en este "gran teatro del mundo" que es la existencia. Aunque nadie sea, en cierto sentido, insustituible, no es menos cierto que toda sustitución, por buena

que parezca, ya viene a alterar el orden radical que ha dispuesto que nos sirvamos y ayudemos los unos a los otros. Y es precisamente en esta innegable verdad donde encontramos la excepcional coyuntura existencial en la que viene a incidir, en forma incomparable, el sentido de la educación y la nobilísima tarea del maestro. Nada como la educación y nadie como el maestro están en esta posibilidad de influir en forma decisiva y radical en la configuración tanto de la vida de los individuos como en la historia de los pueblos. ¿Qué es, en efecto la educación, sino el inefable fenómeno en virtud del cual la personalidad de un hombre se adentra, con temblorosa reverencia, en la intimidad de otro, para configurarlo, con poder y gesto casi divinos, según su propio perfil y en el transfondo de sus propia escala de valores? Esta íntima relación de persona a persona ha sido, es y será siempre la esencia de toda verdadera educación. Tengamos mucho cuidado en no anteponer los programas o el texto, por magníficos que sean, a la personalidad del educador. Sería como substituir con la partitura de la obra al genio insustituible de su ejecutor. Ningún progreso, por admirable que sea, de las técnicas pedagógicas y didácticas podrá nunca marginar o empalidecer o soslayar, sin grave detrimento de la obra educadora, el papel fundamental de la persona del educador. Sin el hondo vibrar del alma de un gran educador los programas permanecen muertos y, lejos de ser fuente de inspiración, se convierten, como diría Unamuno, en fríos cementerios de secas y escuálidas ideas. Dice Omar Dengo: "Ensaye a acercarse más que al alumno, al hombre, es decir, más que con los preceptos pedagógicos de su magisterio, con su corazón". "Los maestros trabajamos —dice en otro texto— con esa seda impalpable de las almas de los niños; si se rompe un hilo queda una rotura por la que se escapará hasta el derroche, la luz que conducía". Los programas son letra muerta hasta tanto no se remuevan y salgan de su adormecimiento gracias al soplo vivificador de la inspiración que el maestro les preste. Son estos programas, por buenos que parezcan, incapaces de responder a los agudos interrogantes que el niño plantea a la vida hasta tanto el maestro no los adecúe a las necesidades vitales concretas e inevitables del discípulo. "Si miráis con penetración hacia el aula —dice Omar Dengo— encontraréis que al niño se le contesta lo que nunca ha preguntado. Sólo eso. Y que, en cambio, los resortes maravillosos de su actividad, capaces de lanzar sobre el mundo un tesoro de fuerza creadora de civilización, permanecen ocultos, intactos, tras la vacilante pregunta *que el maestro no contestó...*"

En más de una ocasión me he referido a lo que he llamado el excesivo pseudo-racionalismo de nuestra educación. Afirmamos que "educamos para la vida" pero no es tan igualmente fácil sostener que nuestros alumnos encuentran esta vida en los programas que les ofrecemos. Como lo ha señalado Omar Dengo, los más grandes interrogantes que la vida les presenta, las más graves cuestiones que su concreto existir les plantea... no suelen encontrar respuesta satisfactoria en nuestra enseñanza, a menos que esta sea vivificada por la viva presencia de un verdadero maestro. Y no hay gran vocación docente sin una íntima conciencia de *misión creadora* con respecto al alumno. No hay gran vocación a la enseñanza sin que nuestra alma sea capaz siempre de vibrar, toda entera, ante las ilimitadas posibilidades que la persona del educando, como un reto, le presenta. ¿"Sentís, —dice Omar Dengo—, amáis el misterio en que vive recatada la obra por hacer, y a través suyo la miráis levantarse con el impulso de lo que va a alcanzar, por su fuerza y su prestigio, la suprema coronación de la luz?" "El mundo —dice en otro texto— siente, como fiebre, la necesidad de una plena muda del alma, y abre el pecho al fuego del sacrificio para que la fe cunda de nuevo las entrañas, con el enardecimiento del ave que se da, encantada, a la seducción de la primavera". "Si al niño —dice en otro admirable texto— se lo atraiese (a la escuela) por amor; si éste naciera en la satisfacción que el niño encontrara en la escuela de sus problemas y de sus necesidades; en la cordial y sabia atención de sus inquietudes; en la solicitud que rodeara sus flaquezas; si allí se le am-

parara y socorriera maternalmente; se le comprendiera; se reconociera el profundo sentido en que el niño sólo tiene derechos; entonces sentiría el niño a la escuela como algo esencial de su vida..." Y añade con hondo acierto una observación que, hoy más que nunca, ante la agitación creciente de nuestra juventud, adquiere proporciones del todo particulares: "Si la institución (la Escuela) carece de vitalidad para adaptarse a las necesidades de un creciente afán de realidad y fuerza, entonces sólo logrará servir de tránsito para que los nuevos jóvenes extravíen la ruta, y vayan, como las generaciones vencidas, a acrecentar la sordida miseria del espíritu que al cabo va devorando los cimientos de la república".

Nada hay, en efecto, más conservador, por una parte, que la educación; y nada, por otra, más renovador que ella. Conservadora en sus líneas esenciales en cuanto a las altas metas, nunca plenamente alcanzadas, de la persona humana. Y nada más renovador que esta misma educación, en cuanto sólo en la medida en que continuamente se renueva puede estar en condiciones de cumplir con su razón de ser que es alcanzar el porvenir. "Es misión de la escuela —afirma Omar Dengo— suscitar (en la juventud) el despertar de alborada, en mitad de la naturaleza, de aquellos ojos escrutadores del destino humano". "Es necesario —dice en otro texto— abrirle cauce a través de la escuela, a la divina corriente de la vida". Y afirma también con pensamiento digno de ser meditado: "La Escuela que no reveló a las almas el signo que permite reconocer la sagrada presencia del destino, viola su función: reproducir espiritualmente a la humanidad".

Sólo cabe al hombre una manera de ser fiel a sí mismo: *superarse continuamente*; nada menos estático que la condición humana; nada más dinámico que su propia naturaleza. Detenerse es traicionarse. El único principio permanente es el que enuncia la ley de su continuo: "semper plus ultra!". Omar Dengo vivió intensamente esta pasión del futuro, que se trasluce en todos sus escritos y pensamientos. "Diréis —dice— que (la escuela) siempre fue el instrumento de creación del futuro; sí, pero nunca más que ahora. De todos los ámbitos del pensamiento viene la voz que lo confirma. Si antes era para transmitir civilización, ahora, más que para eso, la escuela es para comunicarla superada, enriquecida de ansiedad y posibilidad de perfección". "Cuando el hombre ha vuelto la vista hacia los horizontes tras hue llas de rumbos —dice— ha visto surgir a la distancia, como si fuera un faro de mármol coronado de fulgores, el pórtico de la escuela". Y en otro hermosísimo texto de hondo sabor unamuniano afirma: "Hay que soñar el porvenir, desearlo, amarlo, crearlo. Hay que sacarlo del alma de las actuales generaciones con todo el oro que allí acumuló el pasado, con toda la vehemente ansiedad de creación de las grandes obras de hombres y pueblos".

Y no se crea que por esta visión continuamente escrutadora del futuro incidía Omar Dengo en un romanticismo hermoso, sí, pero infecundo. No. ¿Acaso "el mejor de los practicismos no es el idealismo bien entendido?" "¿Hombres prácticos? Sí, está bien. ¿Pero qué es ser práctico? Porque el mal de este país es haber hecho hombres prácticos, demasiado prácticos, tanto que ya sólo comprenden sus propios intereses. ¡Ah!, educación práctica. Es la más antidemocrática de las aspiraciones esto de hacer la educación práctica. Sí, porque se quiere reducir las aspiraciones de los jóvenes. Para el hombre a quien el verso le levanta el espíritu y le inspira un ideal, eso es lo práctico. A quien la labor de la mano le levanta el espíritu y le imprime un ideal, eso es lo práctico".

Cuarenta y un años son pasados desde que la muerte, en plenitud de juventud, lo arrebató de esta vida. Pero hoy, más que nunca, es actual su pensamiento y son fecundas sus ideas. Hoy como nunca es señera su figura e inspiradora su existencia. Y seame permitido terminar mis breves reflexiones con estos pensamientos que, en su ardiente, por sentida, oratoria, adquieren dimensiones de vuelo de arcángel que no conocen fenecer: "En elogio del maestro y para gloria suya se han dicho las más hermosas y las más profundas palabras. Ninguna misión ha sido más exaltada. Se ha comparado al maestro con los más grandes seres; se le han atribuido virtudes excelsas; se le ha reconocido una función profundamente trascendental en el trabajo secular de crear y de perfeccionar las civilizaciones. ¿Qué más podéis desear para vuestra vida, amados jóvenes, que esto de saber que habréis de participar en una tarea bendecida por el pensamiento de la humanidad? ¿Qué más que esto de saber que se os considera dueños de aquel misterioso tesoro que pertenece a los dioses: el porvenir? Dícese de éstos que del porvenir le hacen donación a los hombres. Dígase de vosotros lo mismo..."

"Jóvenes, ahora a vivir, eso es lo importante". "A preparar los himnos de la renovación que viene".

"Jóvenes, queridos jóvenes... vayan... y vuelvan en paz...!"

PALABRAS DEL SR. MINISTRO DE EDUCACION PUBLICA EN LA
CEREMONIA CORRESPONDIENTE AL DEVELAMIENTO DEL
RETRATO DE OMAR DENGO EN EL DESPACHO DEL MINISTRO
22, NOVIEMBRE, 1969.

Séame permitido, distinguidos señores y apreciados amigos, significar a ustedes cuál sea la línea de pensamiento y honda intención que me han guiado en el propósito que concebí de colocar en mi Despacho, en lugar de honor, el retrato del gran maestro Omar Dengo. En el ejercicio de toda profesión y particularmente en algunas de ellas caracterizadas por su honda raíz humana, es siempre de todo punto necesario volver reiteradamente a sus más puras fuentes de inspiración, si queremos tutelar, garantizar y acrecentar en nosotros el legítimo espíritu con que debemos asumirlas y desempeñarlas fielmente. Y esto vale especialmente de la misión educativa. Cualesquiera que sean los progresos, ciertamente admirables, como en efecto lo son, de las ciencias pedagógicas y de las técnicas educativas, permanecerá idéntica la esencia de toda auténtica educación, en cuanto fenómeno de relación eminentemente personal entre dos sujetos, en virtud del cual, uno de ellos —el maestro— se adentra, con temblorosa reverencia —en la intimidad del otro— el discípulo, para suscitar en él y explicitar todas sus latentes potencialidades en orden a la creación o, si se quiere, re-creación de un hombre. Desde este punto de vista la educación (decimos *educación* y no simplemente *instrucción*) constituye para mí la creación artística más extraordinaria que cabe concebir, ya que la materia, por así decir, sobre la que se ejerce, no es ni piedra ni mármol ni tela ni cera sino, como es bien patente, *la misma sustancia humana*. Cuentan los biógrafos de Pierre Curie que éste, siendo profesor en la Sorbona, y teniendo entre sus alumnas a quien sería su futura y admirable esposa, puso una vez un ejemplo de tan hondo y plástico significado, que conmoviendo profundamente a sus alumnos, causó el desmayo precisamente de aquélla. “¡Qué hermoso sería —dijo Curie— poder tener en las manos y asir con la punta de los dedos... una estrella!” (se refería al *radium*, en cuyo descubrimiento trabajaba y que comparaba con una estrella por la enorme magnitud de energía que, concentrada, contenía). Ahora bien: nos preguntamos: ¿acaso el educador no puede y debe, con mayor propiedad decir, que tiene en sus manos algo *infinitamente más valioso* que una estrella? ¿Acaso el educador no trabaja —por así decir— *con sustancia humana*? Esta relación interpersonal *maestro-discípulo* ha sido, es y será siempre la esencia de toda educación. Cuándo se comprenderá el hondo significado de este aserto: “*Educación no es desarrollar programas valiéndose de los alumnos sino desarrollar a los alumnos valiéndose de los programas*”. Omar Dengo vivió y sintió hondamente la educación precisamente como esta privilegiada relación interpersonal maestro-discípulo. El siempre entendió profundamente que sin el hondo vibrar del alma de un verdadero educador los programas permanecen muertos y, lejos de ser fuentes de inspiración creadora, se convierten en fríos cementerios de secas y escuálidas ideas. Pues bien: toda la vida y el pensamiento de Omar Dengo son un continuo e irrecusable testimonio de un sentido de la educación así entendido y, sobre todo, vivido. Con cuánta razón afirmó: “Ensaye (el maestro) acercarse más que al alumno, al hombre; es decir, más que con los preceptos pedagógicos de su magisterio, con su corazón”. El maestro debe esforzarse por comprender, sentir, *vivir* toda la honda problemática existencial y vital de sus discípulos. Todo maestro es, ante todo y sobre todo, maestro *no tanto de ideas cuanto de vida*. Y esto es precisamente lo que he encontrado en Omar Dengo: un sentido vital, extraordinariamente dinámico y real de la educación. Por eso es que su figura y pensamiento revisten precisamente en estos momentos actualidad insospechada. Me atrevo a decir que Omar Dengo, ahora ya fallecido, es más actual que lo mucho que lo fue mientras vivió. En repetidas ocasiones —y no me cansaré de hacerlo— he señalado lo que considero, con honda preocupación, el ex-

cesivo pseudo-racionalismo y enciclopedismo de nuestra enseñanza por cuya causa nuestros alumnos no encuentran siempre en ésta la respuesta adecuada a sus más graves interrogantes y angustiosos interrogantes. Al destacar —con este sencillo pero sentido acto— la figura de Omar Dengo no busco otra cosa que proponerlo, en forma pública y oficial, como modelo ante los ojos de todos los educadores tanto de una vida de maestro llevada a cabo con admirable fidelidad como de un concepto de educación vital y dinámico que es *la única respuesta* adecuada —según mi criterio— al reto que los problemas graves de la actual juventud nos plantean.

Mi llegada al Ministerio coincidió con mi descubrimiento de Omar Dengo. Acuciado por la imperiosa necesidad de buscar horizontes directores de mi conducta y figuras inspiradoras para todos surgió, frente a mí, noble, altiva, generosa y, al mismo tiempo, sencilla y humilde, la persona de Omar Dengo. Me siento honrado en reconocer que bastaron pocos días para que, al adentrarme en la lectura de sus principales escritos, me convirtiera, con la fascinación que ejercen los grandes maestros, en su discípulo. *Soy, tal vez, el último y también, el más pequeño de sus discípulos, pero poco me importa mi parvedad teniendo, como tengo, en él, tan gran maestro.* Y deseo poner fin a estas sencillas palabras con las siguientes suyas: "Encontraréis en el largo camino a un caballero que os dirá llamarse Don Quijote. Seguidlo sin vacilación y servidle; es hermano vuestro. Y quizá encontraréis, rodeado de las turbas, las cuales se mostrarán estremecidas con el fulgor de su mirada, a un sencillo Maestro de Nazareth, de alba túnica, el cual, a las turbas y a vosotros hablará por parábolas para enseñar la BUENA NUEVA. Segidlo también y servidle, que es vuestro Maestro y os servirá de guía, y os dará la vida, tantas veces como querráis nacer; y al cabo, enseñándoos la verdad os hará libres. Seguidlos, e id en paz".